

## Escribir hoy para niños

POR GIANI RODARI

(Texto perteneciente a "Ejercicios de fantasía" publicado por la editorial Aliorna. Agradecemos su colaboración).

Escribir significa, en primer lugar, escribir para uno mismo; pero escribir para los niños no significa escribir para uno mismo. Significa, por utilizar un símil musical, usar un instrumento concreto y no la totalidad de la orquesta, usar una clave, pero no todas ellas. Desearía iniciar esta conferencia hablando de un caso que conozco (por ejemplo, el mío), no para hacer una autobiografía, sino para basarme en datos concretos. En los años 46-50, era un periodista bastante satisfecho de su condición. Trabajaba en un periódico nacional de Milán. Tenía la calificación de enviado y la sería intención de hacer de aquel trabajo el sostén de mi vida. Ya tenía unos treinta años; había dejado de ser un muchacho. Un día, el director del diario decidió dedicar una página dominical a los niños. Yo era el único que había sido, años atrás, maestro de escuela y éste fue el motivo que sugería mi elección. También tenía cierta predisposición por los fragmentos brillantes de fantasía y humor. Empecé a publicar semanalmente retahilas y cuentos cortos en los que reencontraba mi gusto juvenil por los surrealistas franceses que había leído en la biblioteca siendo estudiante. Muy pronto empezaron a llegar cartas de niños que solicitaban retahilas dedicadas a sus padres, conductores de tranvía, urbanos, empleados, etc. Las retahilas nacían, por decirlo así, de la mano izquierda, pero me divertía inventarlas teniendo en cuenta las dos condiciones cuyo

significado no podía ignorar: primero, que la columna para los niños no aparecía en un periódico infantil, sino en un diario nacional bastante comprometido y socialmente próximo a las clases populares; la segunda, que la columna se iba convirtiendo con los niños. No era un trabajo de despacho, sino en contacto directo con los lectores, los niños y sus familias. No llegué, pues, a los niños por el camino de la literatura, sino por el camino del periodismo; tanto es así, que después he seguido haciendo de periodista. En 1950 fui prácticamente obligado, aunque no estaba totalmente convencido, a dirigir un semanario para niños y muchachos y, para caracterizarlo, me inventé una serie de personajes que conocía bien desde la época en que, como cronista, frecuentaba cotidianamente los grandes mercados de Milán para estudiar los precios de las patatas, del pescado, de la carne, y para ocuparme del problema de los gastos familiares. Así nacieron personajes como Cipollino y Pomodoro, las condesas de Ciliegio, Pero Pero, maestro Uvetta, etc. En este período, una editorial me propuso publicar un pequeño volumen con las retahilas y me propuso escribir un libro, una novela para más señas, sobre los personajes que había inventado para un libro diferente: *Cipollino y Pomodoro*. La idea me divertió. Preparé un esquema (el esqueleto del cuento), me tomé un mes de vacaciones y me hospedé en



Fuencisla del Amo. Ctos. Escritos a máquina - Alfaguara, 1987

casa de un campesino en tierras de Módena y, en un mes, hice una primera redacción. Por la mañana me despertaba al alba. La hija del campesino golpeaba en la puerta: «¡Venga, Gianni, estás aquí para trabajar, no para dormir!». Su esposa siempre me preguntaba hasta dónde había llegado. La mañana en que le dije que había llegado a la página 100 lo festejamos con los vecinos y los niños. Así nacieron los dos primeros libros, no en un despacho, sino en un contexto rico en estímulos, en contacto directo con la realidad, con plena libertad para la fantasía. En definitiva, descubrí, un poco por casualidad, un trabajo apasionante que me situaba definitivamente al lado de los niños. En los años siguientes, el escribir se convirtió cada vez más en escribir con los niños, entre los niños, jugando con ellos y mezclando las imágenes de mi fantasía con las imágenes de su fantasía. Así, he adquirido la costumbre, al escribir nuevos libros, de proceder en tres etapas: primera, contar de viva voz a los niños en las escuelas o donde pudiera encontrarles las historias que se me ocurrían; escogía a niños diferentes, a clases y escuelas repartidas por las diversas ciudades italianas. Segunda etapa: una vez visto que el tema podía funcionar y que no se trataba de un léxico familiar limitado a mi relación con un niño o con un grupo, pasaba a la redacción escrita, mientras cobraba cada vez más fuerza el estudio de los mecanismos de la fábula y del cuento,

la reflexión sobre la imaginación y sobre los escritores que sentía más próximos, desde Palazzechi hasta Zavattini. Tercera etapa: pulir, con la lectura a los niños, antes de que la página se convirtiera en un texto impreso. Llevaba todo esto a las escuelas estando atento a las reacciones de los niños. También los niños son críticos literarios. Más que a sus juicios, era necesario atender a sus reacciones. Si mientras yo leo la historia se ponen a hablar por su cuenta, es que la historia no les interesa; si se distraen en el momento en que, en mi opinión, tendrían que reír, es que la gracia no funciona y, por tanto, hay que estudiar mejor el mecanismo. Así fui elaborando técnicas inventivas, material de funcionamiento de la fantasía, que una vez fui invitado a exponer ante un grupo de enseñantes de la escuela maternal. Así, no en un despacho, sino en el contexto de esta experiencia en contacto con los enseñantes, nació mi libro *Gramática de la fantasía*. Creo que el aspecto más importante del tipo de trabajo que acabo de exponer brevemente ha sido la conquista de una forma de escribir para los niños en contacto directo con su mundo cambiante. Todo ello me permitía modificar y actualizar mis opiniones sobre los niños, la escuela, el mundo, en definitiva, rehacer continuamente mis estudios, reeducarme constantemente a partir de los niños. Me he encontrado, sin haberlo programado o deseado, en la estantería de literatura infantil.